

Pablo González Casanova

Cuentos indígenas

Miguel León-Portilla (prólogo)

Cuarta edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

2001

120 p.

(Serie Cultura Náhuatl - Monografías, 7)

ISBN 968-36-8964-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 17 de agosto de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cuentos_indigenas/iee.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

El cuento es considerado, en lo que se refiere a su origen y significación, desde diversos y aun opuestos puntos de vista por diferentes escuelas. Entre éstas son las principales la mitográfica y filológica, encabezada por Grimm y Max Mueller, ambos filólogos de mundial renombre, en cuya opinión serían los cuentos reminiscencias míticas de una concepción cosmogónica protoaria interpretables por el estudio semántico. La escuela llamada indianista, fundada por el sabio orientalista alemán Teodoro Benfey y seguida por distinguidos filólogos, como el no menos ilustre Gastón Paris y el erudito folklorista Emilio Cosquin, considera los cuentos, y en particular los maravillosos, como procedentes de la India; y, por último, pero no la menos importante, la escuela llamada antropológica, encabezada por el sabio polígrafo Andrew Lang, considera que los cuentos populares no serían sino la expresión metafórica de ideas comunes a todas las razas, producto espontáneo e independiente de procesos idénticos del espíritu humano.

Esta escuela, que contó con numerosos e ilustres partidarios en los últimos años del siglo pasado se rehúsa a admitir la emigración de los cuentos, teniendo por principio que mentalidades colocadas en el mismo nivel de creencias supersticiosas desarrollan independientemente relatos análogos.

No cabría repetir aquí, con la amplitud necesaria, los eruditos argumentos aducidos por Cosquin para rebatir la hipótesis de Lang, de que “no hay razón para decir que los cuentos se han transmitido de un pueblo a otro y fueron llevados de un lugar a otro”, y las pruebas que aporta, en lo que se refiere a la emigración de los cuentos entre Asia, Europa y África. Remito al lector a las obras de Cosquin, en general, y, en particular, a la intitulada *Études folkloriques. Recherches sur les migrations des contes populaires et leur point de départ* (París, 1923).

Por mi parte me contentaré con examinar el mismo problema en lo que concierne a México, a pesar de que la escasez del

material reunido en lenguas indígenas, en cora y en huichol, por el etnólogo alemán doctor Konrad Theodor Preuss, y en mexicano, por el sabio antropólogo y lingüista doctor Franz Boas y por mí, no pone a mi disposición pruebas tan numerosas como sería indispensable para dilucidarlo definitivamente.

Con Van Gennep, el erudito folklorista y etnólogo belga, me inclino a considerar los cuentos de animales como los más primitivos, porque no cabe duda de que los animales debieron desempeñar importante papel en la vida del hombre en las sociedades rudimentarias, ya atribuyéndoles cualidades demiúrgicas, ya considerándoles entre sus antepasados, supone que tienen influencia en su vida, los antropomorfiza y hasta los diviniza. Por lo mismo, los cuentos de animales aparecen como los más indicados, puesto que son los más primitivos, para examinar hasta qué punto vienen a demostrar la posibilidad de la emigración de los cuentos o su origen independiente.

Entre los cuentos de animales recogidos por Preuss encontramos el siguiente ("Die Nayarit Expedition", 1er. Band: p. 210; Leipzig, 1912):

Así ocurrió en antiguos tiempos. Un zorro comía un queso que había robado de un rancho cercano.

Entonces dijo el cuervo: "¿Qué comes, hermano zorro?"

Él contestó: "Queso que compré."

Luego dijo el cuervo: "Dame un pedacito."

Contestó el zorro: "No, si quieres comer, cómpralo."

Luego le preguntó: "¿En dónde hay?"

—"Ahí está la casa."

Entonces allá fue el cuervo y robó uno. Luego se paró en un árbol y comenzó a comer el queso.

Entonces llegó el zorro y le preguntó: "¿Qué comes, hermano cuervo?"

Él contestó: "Queso."

Y abrió su pico y el queso se le escapó. Entonces saltó encima el zorro, y lo cogió y lo comió.

Así sucedió.

En la breve colección que, con el título de "Cuentos en mexicano, de Milpa Alta, Distrito Federal", publicó Boas en el *Journal of American Folklore* (v. 33, n. 127) aparece el siguiente:

En un corral estaban un cerdo y un burro. El cerdo le dice al burro: “¡Ay, Dios! ¡Pobre de ti! Todos los días te golpean la espalda y nunca descansas, mientras que yo como sin trabajar; me dan de comer y de beber con sólo que yo grite.”

El burro le dijo al cerdo: “¡Ay, Dios! Tú, sucio cerdo, que te dan de comer y de beber con sólo que grites, y estás gozando; pero espera nada más que dentro de corto tiempo te matarán para comerte. Ya pronto se casará nuestro amo. Por eso todos los días vamos a traer leña con que asarte.”

El cerdo, luego que oyó lo que le aguardaba, dejó de comer hasta enflaquecerse. De cuanto le daban, apenas probaba bocado. Cuando se casó su amo, el cerdo ya estaba flaco. Pero lo mataron para comérselo.

El más breve, entre los recogidos por mí, en mexicano, de San Francisco Mazapán, Estado de México, reza en traducción como sigue:

El tecolote y el gato se encontraron una noche, y el tecolote quería sacarle los ojos al gato, y el gato le rogó mucho al tecolote que no le sacase sino un ojo solamente, porque sacándole ambos, entonces lo haría desgraciado para siempre. Luego que le sacó el primero, le dijo el gato: “Si quieres sacarme el otro ojo, vamos a mi casa.” Entonces le dijo el tecolote: “¿Cómo te llamas?” Respondió el gato: “Yo me llamo Escarmiento.” A la noche siguiente llegó el tecolote a la casa del gato y le gritó: “¡Escarmiento, Escarmiento! ¡Vengo por ti!” Y contestóle el gato: “¡Pues tan escarmiento soy, que no salgo de aquí!”

Así se salvó el gato y ya no perdió su otro ojo.

Superfluo me parece tratar de establecer un acercamiento con fábulas de todos conocidas. Pero esto demuestra la facilidad con que se transmiten los cuentos por tradición oral entre adultos sin ilustración. Y lo que hemos comprobado con relatos de origen español, indudablemente lo podemos afirmar también de cuentos indígenas que, lo mismo que los recogidos en Asia, Europa y África, se extienden en un área geográfica tan grande como es la de América y, por los rasgos de semejanza que ofrecen, no es nada plausible que sean el producto espontáneo de un proceso mental primitivo, independiente en cada región, sino que necesaria y fatalmente debieron emigrar por tradición oral de un lu-

gar a otro, aunque no acertemos, por ahora, a decidir cuál es el lugar de su origen.

Entre los cuentos recogidos por Preuss en idioma cora, encuentro varios semejantes a los recogidos por mí en mexicano, procedentes de Morelos y del Estado de México; pero como algunos, a pesar de ciertas diferencias, fácilmente explicables por adaptación al medio, tienen cercanos paralelos en cuentos europeos, escogeré uno en que los animales que fungen como personajes pertenecen decididamente a la fauna indígena amerindiana: el coyote y el tlacuache.

Como sería demasiado prolijo citar íntegros ambos relatos, para su comparación y para comprobar la identidad de origen, me concretaré a escoger entre los pasajes que ofrecen más semejanza y que tienen ambos cuentos en común aunque no en el mismo orden, pero conservando íntegra la traducción del texto original y dando primero la del mexicano y luego la del cora.

Y cuando llegaron [el coyote y el tlacuache] a la barranca, dijo el tlacuachito: “Vamos, coyotito, agarra aquí mientras yo voy a un mandado; luego, yo te vendré a ayudar; pero cuidado, y no la dejes caer.” El coyotito ya se cansaba de estar deteniendo la peña, y el tlacuachito no regresó a ayudarlo. Entonces el coyotito deja la peña y [escapa] derecho, a la carrera, y cuando vuelve la cara, ahí está quieta la peña. Entonces el coyotito se fue para su casa.

Más completa y explícita aparece en el cuento cora:

Así sucedió había una cueva, y el tlacuache tenía las patas apoyadas sobre la pared. Entonces llegó el coyote: “¿Qué haces tlacuache?” —“Nada, estoy atrancando el campo del cielo que va a hundirse y si se cae nos tapa. Ves, amenazan hundirse todas las cosas que hay en el mundo. Ayúdame, para que no nos tape.”

El coyote se tendió, teniendo las piernas hacia arriba.

—Haz fuerza, voy a traer un puntal. Haz fuerza y aprieta, voy a traer un puntal.

Entonces el tlacuache se puso de pie y se fue. No regresó. El coyote desesperaba. “¿Cuándo volverá ese que fue a buscar el puntal?”

Después de esperar mucho tiempo, se dio valor y saltó con violencia a un lado, escapando luego a todo correr. Cuando volvió la cara vio que no había sucedido nada.

Ésta y parecidas jugarretas se refieren en los cuentos mexicanos y coras, idénticas en el fondo, aunque suelen cambiar en algunos detalles: nombres de frutas, bebidas, objetos, etcétera, propios de una región y desconocidos en otras. Un estudio detenido reclamaría un libro. En leyendas y cuentos amerindianos de Norte y Suramérica, aparece frecuentemente como personaje el coyote, ya ridiculizado, ya enaltecido, lo que hace sonreír un poco cuando se oye hablar de su relación con mitos cosmogónicos en los que se le reconoce como representante de la luna. En los apólogos o cuentos de animales que encontramos en el *Panchatantra*, o en la versión posterior, el *Hitopadeza*; en la persa, *Anvari Sohaiti*; en la árabe, que pasó al español con el nombre de *Calila e Dimna*, y, en una palabra, en las diferentes traducciones de la colección sánscrita, que encontramos en el occidente de Asia y en Europa, reconocemos, adaptado a algún animal de la región, el papel ridículo que tiene el coyote en los apólogos mexicanos.

¿Indica eso la posibilidad de un origen asiático? ¿Ha habido simplemente adaptación? No me atrevo a afirmarlo. El material folklórico de que disponemos para intentar un estudio comparativo es, en la actualidad, demasiado escaso.

En uno de los relatos míticos recogido por Preuss entre los indios coras se habla de que, faltando a los hombres el fuego, encargóse el cuervo de ir a buscarlo, para lo que le fue necesario trepar por una roca gigantesca que llegaba al cielo. El etnólogo alemán recuerda, a este propósito, que en la mitología de los indios cherokees (una tribu del grupo iroqués que habitaba antes en la vecindad de los manantiales del río Tennessee, y que en su mayor parte habitan ahora en Oklahoma), cuenta una leyenda que el cuervo fue el primero que subió a buscar el fuego para los hombres (*op. cit.*, 179; además Mooney, "Myths of the Cherokee, Report of the Bureau of American Ethnology", XIX, p. 241). Es plausible un acercamiento con el mito de los tlingit, indígenas del sur de Alaska, en que se cuenta del cuervo que va en busca de la luz para traerla a los hombres (Boas, "Indianische Sagen", p. 312), y más cercana nos parece otra tradición en que el cuervo, como en el mito de los tlingit, va en busca de la luz, y en el que, como en el de los coras, se habla, si no de roca, sí de una pared que llega hasta el cielo, pared que, en compañía de otros pájaros, perfora el cuervo con el pico. En otro no se trata del

fuego, ni de la luz, sino del sol. El cuervo, después de haber sacado el fuego para los hombres, vuela a lo más elevado del cielo y coge el sol con su pico. Poco después lo descubre el Ser divino, le hace cosquillas en el buche y, obligado a reírse, suelta el cuervo el sol como en el cuento cora soltó el queso.

Pero los últimos mitos no son amerindianos, sino de los habitantes de la parte noreste de Asia, de los chukchis, el primero, y de los koryakos, el segundo (ambos de raza mongólica), publicados primero por la Academia Imperial de Ciencias de San Petersburgo en "Materials for the Study of the Chukchee Language and Folklore, Collected in the Kolima District" (1900), y citados por Waldemar Bogoras: "The Folklore of Northeastern Asia, as compared with that of Northwestern America", en la revista americana de antropología *American Anthropologist*, volumen 4, número 4 (1902).

Entre los chukchis también se señala un cuento evidentemente originario de la India, y al que reconocemos cuentos paralelos en todo el antiguo mundo, y entre los más poéticos uno de "Las mil y una noches". Me refiero al que relata la unión de un hombre con una mujer-ave, y que se cuenta también entre los esquimales.

En el relato chukchi se habla de un hombre que, al pasar a la orilla de un lago, descubre a cinco jóvenes, muy blancas y bellas, que se están bañando y retozan alegres, como las apsaras en el relato del *Rig-Veda*. En la orilla encuentra sus vestidos de piel de ganso y se apodera de uno, que resulta ser el de la joven, que es también la más bella, y que, desnuda de su ropaje de ave, no puede emprender el vuelo con sus compañeras, sigue al hombre a su casa y acaba por ser su esposa. De sus amores nace un hijo; pero un día la suegra la envía al campo a buscar raíces comestibles y la riñe porque vuelve con raíces de pasto. Afligida la muchacha, en la estación en que emigran los gansos, implora la compasión de algunos que vuelan por encima de su casa, y éstos, compadecidos, se arrancan algunas plumas con las que ella no tarda en improvisarse un vestido, y, cargando a su hijo en brazos, emprende el vuelo de regreso a su lejana patria. De vuelta en su casa y al enterarse de lo ocurrido, riñe el esposo con su madre y le ordena la confección de diez pares de botas, y se pone en camino. Al gastar el último par, llega a la costa donde encuentra a un anciano

carpintero que le hace una canoa en la que no tarda en embarcarse para abordar a la costa opuesta, donde encuentra a su hijo jugando en compañía de otros niños. El chiquillo se apresura a ir a avisar a su madre de la llegada de su esposo, decidiéndola a salir al encuentro del recién llegado. Sorpréndese al verlo y le advierte del peligro que corre si no se aleja, porque su esposo actual es un pájaro poderosísimo. Rehúsase el hombre a alejarse y no tarda en ser atacado por el pájaro esposo y por todas las aves habitantes de la isla, pero sale victorioso y aprovecha la canoa que lo trajo para hacer el viaje de regreso en compañía de su esposa y de su hijo.

El mismo cuento ha sido recogido entre los esquimales americanos; pero, que yo sepa, no entre los indios, por lo menos íntegro. Entre los de la costa norte del Pacífico se encuentra el pasaje de los pájaros, combatiendo con sus alas; hay otros incidentes en diversos cuentos que indudablemente tuvieron su origen en el interior de Asia y, según Bogoras, fueron llevados a la costa occidental del mar de Behring y a las costas de América.

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA